

¿Ficción?

Octubre: el frío aún continúa colándose entre nosotros pero el solcito del mediodía (en estas latitudes) invita a la pausa, al disfrute. Cuesta este último tramo del año, cuando sabemos que suele estar lleno de responsabilidades y «cierres»: de notas, trimestre, balances, talleres, hasta llegar al agotador diciembre con su seguidilla de fechas y compromisos. Tal vez por ello, un viento primaveral (ese que toma un especial protagonismo aquí en la Costa) acercó hasta mí este refrescante relato sobre la ciencia, la genética, y lo que se espera de nosotros.

Eduardo de Navarrete (sí, el mismo que desde hace ya unos números alegra el boletín con su humor inteligente) es el autor de esta narración creativa, actual e irónica. Este relato: «Autobiografía» ganó el Concurso Literario 2007 «CUENTOS CON CIENCIA», organizado por la Asociación Mutual Ciencia para Todos en homenaje al Dr. Enrique Belocopitow.

Espero que disfruten esta obra y la compartan con sus alumnos como disparador para abordar temas de Biología y/o de Literatura.

«Autobiografía»

por Eduardo de Navarrete

No fue sencillo escribir esta autobiografía. Carezco de formación literaria, apenas me defiendo con las armas que me brindó la escuela y pido disculpas si carezco de una adecuada técnica narrativa. Por otra parte, en la cima de los veinte años, no recorrí una extensa vida que brinde material como para justificar una autobiografía. Habrá personajes que en veinte años gozaron de una vida plena de acontecimientos que merezcan contarse. No es este el caso. Diría que me vi obligado a escribirla por las presiones del entorno. Eso es todo lo que puedo anticipar en estas primeras líneas.

Como dije, no tengo formación literaria, pero tampoco desconozco los datos básicos con los que debe iniciarse una biografía. Paso a presentarme. Mi nombre es Watson, y soy un clon del eminente científico James Watson, quien propuso, junto con Francis Crick, el modelo de doble hélice del ADN, la molécula que transmite la herencia.

Nací en el Departamento de Clonación de los Laboratorios Roslin, Escocia, aunque ignoro a partir de que tipo celular fui clonado. Mi nacimiento se produjo al día siguiente de que Gran Bretaña autorizara la clonación de seres humanos, lo que demuestra que los científicos trabajaron muy rápido desde el momento de la legalización.

No conocí a la mujer que me dio a luz, ya que tras cobrar el alquiler de su útero se desentendió del asunto, según los términos del contrato. En cambio, mi madre adoptiva siempre fue muy cariñosa. Jamás se despegó de mi lado ni se negó a satisfacer ningún capricho, por trivial que fuera. Es evidente que tenía una enorme responsabilidad como jefa del experimento que me originó, considerando que fui el único sobreviviente entre ciento sesenta y siete embriones. Sin embargo, le costaba entablar una fluida comunicación con un niño, al no poder librarse de su lenguaje científico. Por ejemplo, durante la infancia nunca supe mi edad. Según ella, era difícil determinarla porque fue clonado a partir de una célula somática de un individuo adulto, y una forma de estimarlo sería midiendo el nivel de la enzima telomerasa.

Cursé la primaria en una escuela para chicos prodigios. Cada vez que me presentaban ante una maestra, ésta decía «¡Oh! ¡El clon de Watson! ¡Le debe encantar la biología!». Y yo, como cualquier niño que no contradice a los mayores, decía que sí. No era consciente de que asistía a una escuela de prodigios, aunque a la manera de un niño, percibía que mi educación era muy específica comparada con la de otros alumnos. En lugar de «mí» de «mamá» o «c» de «casa», me hacían leer

«A» de «adenina» o «C» de «citosina». Y en las clases de idioma, en lugar de mostrarme un gato y poner «cat», me hacían redactar «AAA significa el aminoácido lisina». Cuando pregunté qué idioma era ese, me dijeron que era el lenguaje universal de la vida, no obstante, nunca me crucé con nadie que lo practicara. Para todos, las mayúsculas se utilizan para iniciar una oración, en cambio, a mí me dijeron que con ellas se designa al gen dominante y al gen recesivo. En matemáticas, me advirtieron que «+» y «-» no solo significan suma y resta, sino la hebra de ADN codificante y la molde.

No puedo cerrar mi relato sobre los avatares de esa época, sin dedicar unas líneas a mi compañero de banco, con quien compartía una fuerte identificación por sentirnos diferente a los demás, y es el clon de Mozart. Sin duda él la pasaba mucho mejor. Era totalmente indisciplinado y siempre faltaba el respeto a los profesores, a quienes se dirigía con una estúpida risa. Pero nadie se atrevía a ponerle límites, aduciendo que su comportamiento era manifestación de «la impronta del genio». Aunque no todas fueron rosas en su infancia: ni bien aprendió a sentarse (o estaba aprendiendo a hacerlo) ya le pusieron un piano de cola con el membrete del laboratorio. El uso que le dio, fue golpear las teclas como si fuera un gigantesco sonajero. Ni bien nació, se agotaron las entradas para su debut, previsto para cuando cumpliera los cinco años y estrenara su primera obra. Claro que el tiempo pasaba y la partitura no aparecía (varias veces le dieron un pentagrama pero él lo garabateaba todo) por lo que el concierto se pospuso con fecha indefinida. En su adolescencia renacieron las expectativas cuando manifestó inclinaciones musicales, como ocurre con todo joven. Nuevamente inundaron con pianos y violines, aunque él prefería la batería. Los gerentes del laboratorio perdieron la paciencia y adujeron que el músico alcanzó la mayoría de edad y no tenían obligación de seguir haciéndose cargo de él. Ahora está abandonado y sin trabajo. Ahí sí que se refleja un fuerte parecido con su padre: morirá solo y en la miseria. Fue una tremenda injusticia. Mi fracaso como genetista se debe a los afectos ambientales, pues yo realmente fui clonado a partir de una célula de James Watson y por ende, poseo sus genes, en cambio, tengo mis reparos sobre los genes que dieron origen al pobre clon de Mozart. Wolfgang Amadeus Mozart fue enterrado en una fosa común y vaya uno a saber dónde fueron a parar sus restos. Pero unos antropólogos, basándose en el análisis de unos dientes y en la presión del laboratorio que financiaba sus investigaciones, concluyeron que eran los del compositor vienés. De todas formas, no se puede hablar de fracaso: el laboratorio recaudó millones vendiendo entradas para futuros conciertos en los próximos treinta años. Jamás devolvieron un solo centavo y ante las demandas judiciales, se apoyan en la letra chica al pie de las entradas que decía: *La organización no se responsabiliza por las influencias del ambiente sobre la herencia*. Es evidente que abusan de la ignorancia de la gente común, que no tiene por qué conocer esos riesgos, y también, de la de los biólogos, que no se quedaron atrás en la compra de abonos.

Volvamos a mi historia personal. En la pubertad empezó a picarme la curiosidad por conocer más sobre mi padre, y se lo planteé a mi madre adoptiva, quien no se sorprendió ante ese pedido. Seguramente lo esperaba. Me explicó que James Watson había hecho un descubrimiento sorprendente y me mostró una foto de mi padre, con otro señor, junto a una escalera de caracol. «¿Inventó la escalera?», pregunté, de veras que hubiera sido revolucionario. Ella sonrió sin burlarse y me explicó que no, que la escalera representaba el modelo de doble hélice del ADN y que un modelo es una representación de un aspecto de la realidad, en este caso, de una manchita grisácea de contornos poco definidos, cuyo epígrafe decía: *imagen de difracción por rayos X*. Ante mi desconcierto, me tranquilizó aclarando que ya lo aprendería cuando sea más grande. Lamentablemente no fue así: como en la escuela los docentes de biología me tenían pavor porque no dudaban que yo sabía mucho más que ellos y temían que los corrigiera, no se animaban a explicar el ADN y decían: «bueno..., ese tema lo pueden estudiar solos en sus casas».

Pasaron los años, llegaron mis diecisiete y a partir de ahí, a medida que las hojas del almanaque caían rápidamente como si cada mes fuera un otoño, un intenso temor comenzó a adueñarse de mí. Si bien hubo excepciones (clones como el de Tom Cruise acumularon fortunas por salir en películas



sonriendo tontamente sin hacer nada) alcanzar la mayoría de edad era una prueba de fuego para los clones de mi generación. Además de las desdichas del clon de Mozart, cito puntualmente el caso del clon de Calígula: las autoridades, agazapadas, esperaron a que el reloj diera las doce anunciando la entrada a sus dieciocho años, para detenerlo por violaciones a los derechos humanos.

De todas formas, a decir verdad, en mi caso no parecía haber justificativos para padecer esos temores. Mi situación sonaba atípica. Todo era adulación y reconocimiento. No tuve que escoger qué carrera seguir. El laboratorio me anotó en biología, sin tener yo que hacer colas ni llenar formularios y paralelamente, me dieron trabajo en un instituto de investigación, a través de un contrato por el cual ellos serían los propietarios de las patentes de mis descubrimientos. Les manifesté mi preocupación sobre como cumplir con los estudios, si exigían que la mayor parte del tiempo, la dedique al laboratorio. «Usted no se haga problemas» -me dijeron-, «recibirse es una formalidad que no dice nada sobre la capacidad de una persona».

A pesar de todo, me dominaba cierta intranquilidad porque no sabía cómo desenvolverme en el ámbito de un instituto de investigación, ni tenía muy en claro que tareas debería realizar, o que esperaban de mí. Resolví que en circunstancias de ese tipo, lo mejor es mostrarse tranquilo, sin ocultar virtudes ni defectos, y sin pretender aparentar más ni menos que lo que uno es. Ser natural. Eso bajaría un poco el nivel de expectativas que había sobre mi persona. Por lo demás ya me iría dando cuenta de las cosas yo solo. Por lo pronto desde el primer día, dejé bien claro a los gerentes, que en la escuela nunca me enseñaron el ADN. No dijeron nada ni les asombró, según ellos, es normal que en la escuela se enseñen cada vez menos cosas.

Y funcionó. El primer día de trabajo conquisté a todo el personal del laboratorio poniendo en práctica las clases de idioma de la escuela primaria. Un técnico estaba descifrando una secuencia de ADN que decía «CUUGUGGCUAAA», entonces, yo me acerqué y dije: «leucina, valina, alanina, lisina». El hombre interrumpió su tarea y se quedó estupefacto. Clavó sus ojos vidriosos sobre mi rostro y, espantado de asombro exclamó: «¿Desconoce el ADN y fue capaz de descifrar el código genético?». Me mostró otra secuencia (tal para asegurarse de que no había sido casualidad) y la leí sin inconvenientes. Los demás se dieron cuenta y empezaron a traerme más secuencias. Cada vez que leía una me tiraban otro... y otra... y otra... como si estuvieran pellizcándose para comprobar que no soñaban. Yo las leía como quien ojea los titulares del diario: «lisina», «triptofano». «codón de terminación», «péptido señal», «secuencia de Shine-Dalgarno», «codones sinónimos», «codón de inicio»... «TATA box»... y así sucesivamente. Tenía razón mi maestra, en que esas tediosas lecturas con palabras de tres letras iban a ser más útiles que el inglés. Nadie podía creerlo, estaban sencillamente maravillados. Pronto se cansaron tras admitir que era imposible vencerme, me felicitaron calurosamente y pronosticaron un futuro de éxitos. Ya distendido el clima y entrados todos en confianza, encargamos una pizza y una picada con salame y papas fritas, que sirvieron en cápsulas de Petri. Luego, mientras calentaban el café en un erlenmeyer sobre un mechero Busen, me preguntaron cómo deseaba organizar los grupos de trabajo. Les respondí que los organizarán como ellos quisieran. Mi comentario cayó muy bien. Se interpretó como un apoyo a la libertad de investigación y al estímulo de la creatividad.



Los días desfilaron tranquilos y sin novedades, al compás de la rutina cotidiana; hasta que, como era previsible, tanto bienestar no podía sostenerse durante mucho tiempo. Algunos empezaron a mirarme de reojo y escuché comentarios negativos que se filtraban por los pasillos; aunque también había algunos a mi favor, de parte de quienes argumentaban que es habitual que el director nunca trabaje. Las aguas de calmaron cuando hice correr la bolilla de que por razones éticas, yo no aceptaba figurar en un trabajo en el cual no haya participado. Al mismo tiempo, intenté acercarme más a la gente y demostrar solidaridad ofreciéndome a ayudarlos con tareas varias, como lavar las pipetas o poner agua para el mate. Logré así, revertir un poco el humor de los investigadores, que valoraron mi humildad.

Pero las cosas se pusieron feas en serio cuando se metieron los gerentes del laboratorio, haciéndome notar que habían pasado seis meses y yo todavía no había publicado nada. La advertencia no me tomó por sorpresa, ya me habían comentado que tenía que publicar. Ahí estaba el quid de la cuestión. La letra chica del contrato: publicar. ¿Pero publicar qué? Me hice el tonto y dejé pasar el tema.

Pasaron dos semanas. Las reuniones se hicieron más frecuentes. Me preguntaban si estaba todo bien, si me sentí cómodo, si disponía de todos los recursos que me hacían falta... y, como broche de oro, siempre el pedido de publicar. En ocasiones disimulaban menos y se ponían algo más enérgicos, llegando la insistencia a confundirse con un reclamo. Cuando notaban que se estaban poniendo demasiado cargosos, adoptaban una conducta más sutil, y al cruzarse conmigo en el pasillo, haciéndose los desentendidos me preguntaban como al pasar «¿Y para cuándo calculas, más o menos, que podría salir la publicación?».

Días después, creí percibir que si bien las reuniones aumentaban, el carácter enérgico de sus pedidos disminuía. Según mi intuición, los gerentes estaban cayendo en la cuenta de que mi futuro no se vislumbraba acorde a sus pretensiones. El reclamo monotemático igual no cesaba: «había que publicar», «había que publicar»... ¿Pero publicar qué?. «Algo lo que sea... algo hay que publicar...», era la respuesta frecuente. «Cualquier cosa...», «que figure tu nombre...», repetían. Aunque no debía ser tan así. Seguramente, ellos decían que «cualquier cosa», porque estaban desesperados. No podía ser cualquier cosa. Ese era el reto que debía dilucidar... Me concentré intensamente a ver si desentrañaba ese embrollo. ¿Qué publica la gente? ¿Libros? ¿Diarios? ¿Revistas? ¿Y que querrían que publique yo? ¿Por qué no me lo decían directamente y listo?

«Tiene que figurar mi nombre», era la otra pista «Mi nombre». Eso debería ser importante, porque yo era bastante famoso en todo el mundo y mis fotos aparecieron innumerables veces en las tapas de los diarios y las revistas. Empecé a relacionar... a razonar..., a asociar..., «publicar...», «mi nombre...», «famoso...». Seguí razonando..., «mi nombre...», «mi nombre...», «fama...» ¡eso es! La idea estalló en el cerebro ¡Una autobiografía! ¿Qué otra cosa pude publicar alguien famoso?

En la siguiente reunión les hice el planteo a los gerentes del laboratorio. A jugar por sus caras, con mirada lánguida y párpados caídos, no logré entusiasmarlos. El hombre del medio se desplomó sobre el respaldo de su silla y aflojó su pecho dejando salir el aire acumulado en sus pulmones, escupiendo un suspiro de resignación.

-»No, no digo que esté mal... es que no era la idea»,- rumió desganado, ya sin fuerzas-. «Yo me refería más bien a otro tipo de publicación..., pero en fin..., si no hay más remedio...» -finalizó entregado del todo. Y no dijo más.

Me cansé. Me enojé. Exigí explicaciones. ¡Que me digan una vez por todo qué es lo que tanto esperaban de mí! ¿Qué es lo que tanto querían que publicara». A lo mejor, resultaba ser una tontería y estábamos perdiendo el tiempo por no saber entendernos. Entonces, el gerente, sin despegar la espalda de su respaldo, arrojó con aplomo un folletito de dos hojas a la mesa diciendo: «Y... mira... tus compañeros publicaron esto la semana pasada».

En cuanto lo abrí, palidecí. Transpiré, Mi garganta se atoró con un espasmo. Ante mis ojos danzaron las estrellitas que aparecen cuando baja la presión. Pese al mareo, enfoqué mi vista borrosa sobre el título: «*Marcadores genéticos reguladores de la actividad beta galactosidasa en el locus TP8c de ratones mutantes con alanina como única fuente de nitrógeno*».

Fue la gota que colmó el vaso. Mi recobré y ahí sí, me puse firme de verdad. Aseguré que jamás en la vida, por más que lo intentara, por más esfuerzo que hiciera, por más voluntad que pusiera, yo jamás iba a ser capaz de escribir algo semejante. Los gerentes no desenfocaron su mirada fija hacia el vacío, ni dijeron nada. Rostros carentes de emociones. Ni siquiera se esforzaron en contradecirme. Intercambiaron gestos, y entre frases y balbuceos, uno de ellos le dijo al de su izquierda: «Y bué..., algo habrá que hacer... que se yo... contáctalo con la editorial...».





Y ni bien la editorial conoció mi caso, todo el mundo supo rápidamente de él. No había llegado aún a publicarse mi autobiografía, que así y todo fui nuevamente catapultado a la fama, solo que de un modo más sensato: no como una supuesta eminencia en el campo de la genética, sino como una víctima de los adelantos tecnológicos. Cotidianamente acuden a mí, organismos defensores de los derechos humanos, asociaciones de ética, programas de radio y televisión, y diarios y revistas de distintos países, para dar charlas y conferencias sobre los problemas de la clonación y los efectos negativos del uso no racional del conocimiento científico.

En ese nuevo ambiente conocí a muchos abogados, y quedé francamente sorprendido sin duda, son profesionales muy observadores a quienes no se les escapa el más mínimo detalle. Cambiaron radicalmente mi visión de las cosas. Me hicieron notar la obviedad de que yo, siendo el hijo de James Watson, soy el heredero natural no solo de su fortuna, sino principalmente, de sus descubrimientos, y que por lo tanto, tengo que patentar el modelo de doble hélice del ADN. Y me convencieron. Así que de ahora en más, todos aquellos que desarrollen cultivos transgénicos, apliquen terapias génicas, o desarrollen cualquier tipo de actividad que utilice la técnica del ADN recombinante basándose en el modelo de la doble hélice, deberá pagarme un canon. Soy consciente de que se avecina una lucha sin cuartel, dura y desgastante, porque hay tremendos intereses y multimillonarias cifras en juego. Pero no daré el brazo a torcer: lucharé hasta el final y sin tregua, defendiendo mis derechos contra viento y marea.

Y cuando los litigios terminen y yo triunfe, seré poderoso, rico, amasaré una fortuna y entonces..., mmmhhh... ¿no se me irá toda en abogados...?.

La ciencia ficción....

*Generalmente consideramos ciencia ficción a los textos narrativos que no podrían transcurrir en nuestro mundo de la forma como lo conocemos hoy. Esto ocurre gracias a la modificación en los conocimientos científicos, el tiempo, el espacio o la sociedad en que el autor desarrolla la historia. Sin embargo un punto importante es que estas historias nos parecen «posibles». Al parecer la denominación «ciencia ficción» surge de un titular aparecido en 1926 en una de las revistas de narrativa más conocidas por esos años en Estados Unidos: *Amazing Stories*.*

*Por supuesto mucho antes habían aparecido textos que presentaban las características que mencionamos, por ejemplo por citar alguno: *Frankenstein*, de Mary Shelley, que se publicó en 1918. Asimismo referencias a viajes a la Luna, o estatuas que tomaban vida propia, aparecen esparcidas en diferentes obras narrativas incluso anteriores. Posteriormente en algunos relatos de Poe se encuentran elementos del género y ya habían aparecido obras de Julio Verne en la escena literaria.*

Aproximadamente a partir de los años cuarenta el género crece y evoluciona rápidamente de la mano de autores como Isaac Asimov, Arthur C. Clarke, Robert A. Heinlein, Herbert G. Wells y Anthony Burgess. En castellano se destacan (aunque obviamente no se dedicaron exclusivamente a este género) Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges.

Paulatinamente comienzan a aparecer relatos más extensos y novelas, entre las que suele considerarse la primera «1984» de George Orwell.

Las temáticas clásicas que manejan estos autores versan sobre vida extraterrestre, máquinas que cobran vida, catástrofes interplanetarias, graves problemas ambientales; temáticas más complejas como la conciencia, los mundos interiores, y hoy en día aparecen también la clonación y/o manipulación genética. El género ha trascendido el formato inicial y podemos reconocerlo en la historieta y el cine.

Cientos de autores enriquecieron el género y como en cualquier otra expresión humana en constante evolución y desarrollo, muchos siguen apareciendo y transformándolo, para disfrute de todos los lectores...

VOLVER AL INDICE